

La aptitud o disposición para designar, propiedad esencial de la evolución humana

Autoría: Adolfo Álvarez Sánchez

Afiliación: Doctor en Derecho; antropólogo; socio numerario de la Real Sociedad Económica Matritense desde 1969

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Ensayo antropológico	29-37	TDL-75-2020-029-037

RESUMEN DOCUMENTAL

Ensayo sobre la capacidad humana de designar mediante signos y nombres y su relevancia en la evolución cultural. El autor vincula lenguaje, memoria, abstracción y transmisión del conocimiento con la diferenciación de la especie humana respecto de otros seres vivos. Examina también los efectos sociales de la designación, desde la creación técnica y científica hasta la construcción de realidades simbólicas, y concluye defendiendo una educación capaz de distinguir lo real de lo imaginado.

PALABRAS CLAVE

evolución humana · lenguaje · designación · antropología · símbolos · aprendizaje · cultura

CITA BIBLIOGRÁFICA

Adolfo Álvarez Sánchez. «La aptitud o disposición para designar, propiedad esencial de la evolución humana». Torre de los Lujanes, n.º 75, 2020, pp. 29-37. ISSN 1136-4343.

La aptitud o disposición para designar, propiedad esencial de la evolución humana

Por
Adolfo
Alvarez Sánchez,
*Doctor en Derecho,
antropólogo y socio
numerario de esta
Real Sociedad
Matritense desde
el año 1969*

Siempre he tenido curiosidad por averiguar la causa que diferencia tanto la especie humana de las restantes e incluso a unos individuos de otros, diferencia individual que llega a ser, como es evidente, mucho más acusada que en el resto de seres. Esa diferencia se ha venido admitiendo como algo normal desde que el propio Humano ha creído su origen especial y sobrenatural, pero la realidad es que la humana procede de una evolución similar a la que sufren todos los seres vivos de este Planeta, evolución física como demuestran los restos fósiles prehistóricos, y sobre todo, la evolución mental, como demuestra la historia de los últimos seis mil años.

Los mamíferos pasamos por dos procesos: nacer y vivir. En la gestación se heredan los caracteres de especie y familia, pero nacemos

incompletos y después del nacimiento necesitamos un período de aprendizaje imitando a los progenitores y mayores, y memorizando las experiencias individuales. Además, todas las especies han creado signos, muecas, posturas, movimientos, señales, cantos o sonidos reiterados con un mismo significado, con los que comunicar con los semejantes, asimilar la experiencia de otros o transmitir la propia. Es el lenguaje. Los sentidos y este aprendizaje son los motores del cerebro y producen diferencias entre los individuos de forma que no hay ni dos iguales.

Todos los animales tienen lenguaje, aunque limitado por las posibilidades de su morfología, las percepciones de sus sentidos y sus necesidades vitales. El humano en la primera etapa de su evolución actuaba de similar manera a como lo hacen los primates actuales, pero al adoptar la posición erguida transformó su cavidad bucofaríngea de forma que le permitió modular infinidad de sonidos diferentes y adquirir mayor utilidad de sus manos. Con ello pudo denominar cosas e ideas, mediante su designación memorizar y transmitir a otros sus pensamientos y dedicar sus manos a construir, transportar y utilizar herramientas. Con la escritura se inicia el aumento de conocimientos y con ello el aumento de útiles y herramientas y finalmente el aumento de creencias y teorías. Así, la voz y las manos consiguen el estado actual de lo que llamamos civilización.

Los instrumentos para vivir en la especie humana son los cinco sentidos que dotan al cerebro de estímulos para actuar de la forma más adecuada para alimentarse, procrear o defenderse. Son los estímulos sensoriales que, con los instintivos, completan el arsenal con que se nace. Durante la vida se aprende memorizando de dos diferentes sistemas; uno, común a todas las especies, por el éxito o fracaso en la consecución de un fin básico para la vida, es decir, la experiencia; otro, por la percepción reiterada de un símbolo o designación.

El homo loquens (humano parlante), adquirió, en un momento de su evolución, la facultad de poder ampliar ilimitadamente los símbolos de designación, oral y gráfica, de modo que puede nombrar a cada objeto de la naturaleza, a cada objeto que él construye y a cada ideal o sensación que experimenta con lo que aumenta la función memorística o capacidad mental. La mente humana es distinta en cada individuo y en cada grupo humano por depender de los conocimientos adquiridos del entorno en que nace y del estudio y aprendizaje durante toda la vida. Con ello también aumentan las diferencias entre individuos. Al nacer somos muy parecidos, no iguales, pero durante el crecimiento se diferencian más dependiendo de las experiencias y conocimientos de cada uno. El humano no nace se hace. El conocimiento se adquiere básicamente mediante los sentidos, es decir, viendo, oyendo, gustando, oliendo, palpando. **Nombrando** las cosas, acciones o ideas memorizamos y ampliamos el conocimiento sin necesidad de percibirlo directamente, solo con la reproducción mental de su nombre o símbolo. Esta reproducción mental del nombre permite mezclar, comparar, juntar, construir, proyectar y luego dar realidad al resultado.

La Humanidad primitiva creó señales y símbolos para comunicarse de forma similar al resto de animales, pero en un momento de su evolución creo tres tipos de lenguajes: el general o coloquial, el matemático y el musical (palabras y letras, números y notas) que vienen creciendo exponencialmente en los últimos tres mil años. Si lo nombrado es un objeto que se encuentra en la realidad exterior a la mente, es decir, donde se pueda percibir también por los sentidos podremos configurar su imagen cerebral tantas veces como deseemos hasta completarla o perfeccionarla y si lo designado es una simple idea o concepto, creado por la mente, podremos hacer lo mismo memorizándolo. La designación de objetos, acciones e

ideas es la base de la formación humana. Lo intuyó admirablemente Antonio Damasio («El error de Descartes» y « En busca de Spinoza» Editorial Crítica S.L. 2006 y 2007) diciendo: *«Cuando en la evolución se seleccionaron cerebros lo suficientemente complejos para generar no sólo respuestas motrices (acciones) sino también respuestas mentales (imágenes en la mente), probablemente se debió a que estas respuestas mentales acrecentaban la supervivencia del organismo por uno o más de los siguientes medios: una mayor apreciación de las circunstancias externas (por ejemplo, percibir más detalles de un objeto, localizarlo en el espacio de forma más precisa, etc); un refinamiento de las respuestas motrices (golpear un objeto con mayor precisión); y una predicción de las consecuencias futuras mediante la imaginación de situaciones posibles y la predicción de acciones conducentes a conseguir las mejores situaciones posibles imaginadas»*. Esos cerebros suficientemente evolucionados a los que se refiere Damasio son, ni más ni menos, los de humanos que ya tenían un vocabulario además de manos prensiles.

La percepción directa por los sentidos activa el cerebro únicamente en cuanto lo percibido puede ser útil para las inmediatas necesidades básicas de subsistencia. Las percepciones memorizadas, además, pueden estimularlo para utilidades constructivas o futuras como el arte, la ciencia o la tecnología, lo que convierte al individuo en un ser creador y previsor. Cuando se percibe un daño o perjuicio o por el contrario una satisfacción o beneficio, el cerebro lo memoriza para evitarlo o repetirlo (el castigo o el premio sirven para memorizar). La palabra oral o escrita es la herramienta para adquirir y transmitir conocimientos. El matemático o el músico memorizan el significado de los símbolos de su lenguaje. Es la condición esencial humana que hace surgir en un cerebro una representación determinada, bien sea de objetos o de conceptos ideados por la mente, es decir, con o sin

existencia real previa. Con la designación se puede introducir en el cerebro objetos e ideas, procesarlos y construir con las manos más objetos o perfeccionar los anteriores. Pero el humano también crea normas de conducta diferentes a las provocadas directamente por los sentidos, sin interés vital inmediato (alimentarse, reproducirse o defenderse), pero imaginando el interés futuro o el interés no vital pero sí lúdico o gozoso.

La creación de cosas e ideas genera conciencia de «hacedor» que con la visión egocéntrica innata, forma el complejo de superioridad sobre el resto de individuos y especies, la egolatría, y en contraposición, la problemática existencial que implica preguntarse uno mismo por su existencia, nacimiento y muerte.

Desde el momento que existe designación el objeto o la idea entra y queda en el cerebro, y conforme entran y memorizan más y más cosas o ideas se empieza a razonar y adquirir la capacidad de crear otros objetos o ideas o completar y perfeccionar las existentes. Se ha logrado un sistema de representación mental o duplicado virtual de objetos o conceptos mediante su nombre o definición que hace posible su interrelación mental o razonamiento y con él inventar otros nuevos y construirlos con las manos o mantenerlos en el cerebro como ideales de comportamiento y motores de actuación. Con ello, generación tras generación se amplía el campo de medios vitales y se complican las acciones, reacciones y decisiones naturales.

Vuelven a servirnos los experimentos de Antonio Damasio y sus importantes conclusiones sobre el funcionamiento de los cerebros civilizados, cuando explica: *«los mecanismo «como sí» son un resultado del desarrollo»*, y aquí añadimos que el desarrollo es fruto de los duplicados conceptuales que con el nombre se introducen en el cerebro; y cuando más adelante se pregunta: ¿«hasta que punto dependemos de tales «símbolos como si» y no de los estados

reales»?, volvemos a añadir que cuando esos símbolos son representaciones o valores metafóricos imaginativos de objetos o hechos reales producen reacciones cerebrales iguales a la percepción directa por los sentidos, y si son representaciones de ideas o conceptos mentales sin realidad, inducen a conductas diferentes a las naturales, según lo haya interpretado o aprendido cada individuo, pues al no tener realidad son susceptibles de diferentes interpretaciones. Las representaciones mentales que producen los nombres de la realidad sirven para conocerla mejor, más profundamente, y de ello salen los adelantos técnicos y el progreso, pero las representaciones ideales de comportamiento son diversas y, las más veces, perturban la convivencia e inducen a conductas antinaturales. Los objetos se designan con un vocablo, con un nombre, pero las ideas o ideales de conducta, necesitan una definición o descripción, lo cual induce a diferentes interpretaciones y son motivo de luchas y conflictos sociales.

La designación sirve para aumentar la memoria y la cantidad de memoria para razonar mejor. Las palabras, además, son los envases de los conceptos, los sobres de nuestra correspondencia con los demás individuos, el medio de educar y extender los conocimientos, cooperar y socializar la conducta humana. La importancia de la designación en la evolución humana puede deducirse por la distinta probabilidad de supervivencia que en un pasado muy lejano habría, por ejemplo, entre homínido que no o sí conocieran el significado de términos como «venir» y «enemigo». Los primeros únicamente percibían el enemigo cuando lo tenían demasiado al alcance de sus sentidos, los segundos a la voz lejana o signo convenido (designación) podían reaccionar antes, «como si» lo hubieran percibido.

La posibilidad de elaborar en el cerebro diferentes conceptos memorizados produce el efecto creador propio y único de la especie humana. Combinando imágenes percibidas por los sentidos se construyen

objetos, útiles y herramientas que forman los adelantos técnicos que acomodan o facilitan la vida. Combinando ideales de comportamiento algunos individuos, con cierto nivel de conocimiento formulan teorías sociales, políticas o religiosas que intentan cambiar las normas de conducta que impone la Naturaleza. La elaboración mental previa a la construcción es la visión previa mental a toda construcción, por ello los antiguos egipcios representaban a su dios creador con «el ojo de Ra» pues «crear» es ver en la mente.

Para entender la facultad humana de transformar ideales en realidades hay que recurrir a ejemplos: El diccionario de la lengua española, edición de 1991, pag.13 define «Comunismo» como: *«Doctrina que propugna una organización social en que los bienes son propiedad común»* y *«doctrina... que interpreta la historia como lucha de clases que conducirá, tras la dictadura del proletariado, a una sociedad sin clases ni propiedad privada de los medios de producción-.....propia de las primitivas comunidades humanas»*. Esto es un ideal que surgió en la sociedad urbana industrial del siglo XIX en la que convivía una mayoría de individuos carentes de bienes y trabajo junto a una minoría que podían disfrutar de todos los inventos que empezaban a producirse, creando envidia y una tensión social insostenible. Es falsa en cuanto a que fue realidad en las comunidades primitivas, pues en las sociedades humanas nunca ha sido realidad la comunidad de bienes ni lo ha sido en las sociedades donde se ha experimentado. Lo que importa ahora es resaltar que un ideal se convirtió en realidad mediante la creencia en su viabilidad e imposición de determinadas conductas. De igual manera infinidad de creencias o ideales de comportamiento social o individual, se están imponiendo actualmente por minorías que alcanzan el poder político sin poder concebir su irrealidad para el bien común, cegados por el beneficio particular que el poder proporciona.

Otros ejemplos de como el humano transforma, mediante su designación, lo irreal en real y de gran importancia en los últimos trescientos años, son los ideales de libertad, igualdad y fraternidad que se formularon y cuajaron con la revolución francesa y se hicieron realidad con la guillotina y las nuevas leyes. Siguen produciendo conflictos y problemas reales de convivencia porque siguen siendo ideales para todos los individuos que han adquiridos algunos conocimientos, pero les faltan otros muchos. La igualdad no existe en la realidad ni nunca ha existido ni existirá, salvo que se lleguen a fabricar humanos. Se propugnó como igualdad ante la Ley, pero ni en este sentido ha sido efectiva. No se juzgan los actos en sí, sino a las personas que han causado o sufrido el acto con sus diferentes circunstancias. La libertad es otra utopía imposible de generalizar mientras deban existir normas de conducta que determinen la licitud o ilicitud en cada caso. Algunos individuos, con este principio, consideran lícito lo que ellos quieren. Por último, la fraternidad carece de la generalidad que debiera tener para ser norma de conducta, pues ni entre hermanos se practica cuando hay intereses contrapuestos. Así, estos tres conceptos ideales, pero creídos por muchas personas se han intentado imponer sin haberlo conseguido hasta ahora.

El nombre de las personas también produce el efecto «como si» de toda denominación. Con el nombre es como si viéramos o sintiéramos la persona. Los antiguos egipcios enterraban los cuerpos momificados con todo el ajuar y enseres del difunto para servir en la otra vida y, si no cabían, lo pintaban con la misma finalidad. Es más, como el alma del difunto necesitaba descansar en el cuerpo momificado, figuraban la falsa puerta en todas las tumbas para que el alma pudiera transitar por ella. Con el mismo fundamento de confundir como igual lo designado que su designación, la reprobación

ción pública de un difunto consistía en borrar su nombre o figura, costumbre que paso a la cultura romana ¡*damnatio memoriae*! y perdura actualmente con el cambio de nombres en calles y plazas llevada a cabo, por supuesto, para castigar con el olvido a la persona designada, pero porque el nombre equivale a lo nombrado. Mentalmente es un duplicado.

El leguaje, en definitiva, ha servido a la Humanidad para la creación de los adelantos técnicos y científicos, pero también los atrasos en el comportamiento social. El remedio lo encontrará una nueva Era en la que la enseñanza básica distinga lo real de lo irreal y enseñe a aceptar la Naturaleza tal y como es intentando cambiarla únicamente en lo que acomode la vida individual y familiar, manteniendo inquebrantable el principio de conformidad, sin abusos en unos ni envidia en otros.